

Jornadas de Medicina y Filosofía. Universidad de Sevilla. Sábado 16 de Diciembre del año 2000.

Consideraciones críticas en torno a los conceptos MENTE/CUERPO objeto del debate.

Sin cuerpo, sin alma

Isabel Escudero

Lo primero es atacar los dos términos '**Cuerpo**'/'**Mente**' que se presentan aquí como objeto de debate, sin entrar en si son para el milenio que viene o son del milenio pasado, puesto que entrar a considerar su pertinencia histórica sin intentar atacar primero su realidad lingüística sería una doble perversión que nos dificultaría la posibilidad de decir algo nuevo que no esté ya dicho, de descubrir algo acerca de la cosa misma.

Empecemos por el segundo término, 'Mente', sin detenernos demasiado en él, ya que nos es más que un término de moda en la jerga psicologista, y que cuando es usado popularmente ya sabemos qué se quiere decir cuando alguien dice a otro: "Tú, mentalízate". O sea "hazte a la idea", deja de pensar y convéncete que ahí no valen ni más reflexiones ni más dudas, mentalízate que la realidad es la realidad y no hay más. También se usa en parecido sentido lo de "concienciarse" y "concienciación", otra barbarie lingüística impuesta sobre el lenguaje común, aunque esta adulteración quizá sea más grave que la anterior ya que trata de domesticar con bastante mala fe un término como "conciencia" de uso popular bastante corriente. Por tanto, descartamos el término mente porque por su superficialidad nos resulta inservible si queremos ahondar con honradez en la dicotomía planteada sobre la mesa. Usemos pues otros términos de uso menos adulterado. Respecto al término conciencia algo de él nos es todavía válido e interesante sobre todo en su acepciones de ser consciente de algo o no ser

consciente. No en vano el descubrimiento de la separación entre lo consciente y lo inconsciente como dos instancias distintas y hasta encontradas sirvió al Padre Freud para sostener y sacar a la luz su famosa Teoría psicoanalítica. Freud introduce un término 'el yo' que es el territorio donde se vá a librar el combate de esas fuerzas encontradas y que desde entonces quedó bien acuñado clínica y filosóficamente. A nuestro propósito no deja de ser elocuente esa formulación, 'el yo', que al poner el artículo 'el' a 'yo', que es el elemento gramatical deíctico más impersonal de las lenguas -ya que cualquiera puede decir 'yo'- está precisamente marcando la delimitación del sujeto personal y su razón privada frente a la intercambiabilidad gramatical entre tú y yo y la indefinida e ilimitada razón común del lenguaje en no importa qué boca. O sea, está presentándonos al sujeto, sujeto a un Alma particular que le constituye como 'Persona'. Así pues decíamos que ese lugar que Freud llama 'el yo', no es otro que lo que más arcaicamente se llamaba el alma y así el Psicoanálisis si se atiende limpiamente a su nombre sería disolución del Alma. Y es a ese término arcaico y a la par freudiano de Alma al que hemos querido acogernos para intentar esclarecer las relaciones complicadas con esa otra cosa que llamamos Cuerpo. Hablemos ahora de ese invento del Cuerpo. Remontémonos a algunos casos primordiales significativos tanto de la infancia de las civilizaciones como de la infancia de cualquier hombre.

Los personajes de **La Ilíada** parecen no tener cuerpo, sino miembros. Al menos no cuerpos como nosotros lo entendemos hoy desde la moderna construcción de *la persona*, del individuo, sino algo así como una maquinaria regida por una especie de inercia subterránea que no se propusiera ni el bien ni el mal, ni se planteara la distinción entre buenas o malas acciones, sino que simplemente *actúa*. Ningún personaje es bueno ni pretende serlo¹. Se mueven por una suerte de mecánica ligada a la cuerda de las

¹ La Iliada. Ver Prolégómenos. Agustín García Calvo. Editorial Lucina, 1998

palabras, al acto mismo de decir. Por ejemplo, hay una escena en que Patroclo, tras la batalla, está cuidando a un amigo herido y de pronto ve a lo lejos cómo las naves están ardiendo y dice entonces algo así como "Te tengo que dejar" y se añade allí: "ésto diciendo los pies se lo llevaban". Como si fueran los pies lo que tienen su propia lógica, su quehacer puntual, su particular mecánica que los mueve sin esperar a ninguna orden del alma, ni a ninguna decisión superior del individuo.

Hay un texto en un libro de Bruno Snell en alemán, que podría traducirse como **El descubrimiento del espíritu**, en donde en un artículo que forma parte del libro -y que se titula *La concepción del hombre en Homero*- pone de relieve de modo ingenioso esta curiosa sustitución del cuerpo como unidad por un conglomerado de miembros enlazados en una representación geométrica. Presenta el autor dos monigotes, uno representando los personajes homéricos y otro pintado por un niño. Recuerda Snell que si a un niño pequeño le decimos: "pinta un hombre" el niño tiende a dibujar un círculo grande que sería el tronco, otro círculo más pequeño arriba que sería la cabeza y cuatro palos, dos que saldrían del círculo grande que serían los brazos, y otros dos que saldrían hacia abajo desde la parte inferior del mismo círculo que vendrían a ser las piernas y tanto brazos como piernas estarían abiertos y de frente sin articular en codos ni rodillas, enlazados como un todo homogéneo. Si este dibujo del niño lo comparamos con las ilustraciones habituales de las antiguas vasijas geométricas de figuras negras sobre fondo rojo donde se representan escenas de la guerra homérica veremos que el cuerpo de los guerreros parece un puzle de miembros desmembrados. Por ejemplo, el tórax suele estar representado por un triángulo, los brazos son como palillos articulados por el codo y portan algún instrumento bélico como prolongación. (Parece que los miembros siempre se presentan ejercitando la función para la que valen). Las piernas no son menudas sino musculosas y robustas y no iguales la derecha y la izquierda sino independientes y autónomas, cual si cada una tuviera su función propia, una la de sostenerse y resistir contra los embites del enemigo y otra lista para correr. Como si eso del "cuerpo" fuera un

conglomerado de piezas, un artilugio maquínico articulado más que una unidad regida por una instancia superior con una intención a la que se obedece, un discernimiento acorde regido por una voluntad soberana hacia un camino, hacia un objetivo.

Para completar la observación del dibujo del niño que propone Snell, me puse a remirar los cientos de dibujos del cuerpo humano realizados por niños pequeños y que forman parte de los documentos de las investigaciones llevadas a cabo por mis alumnos de doctorado de la UNED a propósito de la formación de conceptos. Términos como 'cuerpo', 'hombre', 'mujer', 'niño', 'padre', 'madre', son algunos de los conceptos a los que hemos tratado de acercarnos en esas investigaciones y desde luego en la representación del cuerpo humano hecha por los niños hay una nota curiosa que ya se manifiesta con muy alta frecuencia en edades tempranas y que no es tanto un atributo de género (hombre/mujer) como un rasgo básico de la constitución del cuerpo humano, queremos decir de la idea de cuerpo.

En esa unidad de representación bien estructurada del cuerpo humano se aprecia con harta frecuencia la ausencia de cuello bien porque los dos círculos el de arriba, el de la cabeza, y el de abajo, el del tronco, se pegan tangencialmente en un leve punto o bien porque dejan un espacio vacío, una separación elocuente entre el círculo de la cabeza y el del tronco, separación que nos daría alguna pista sobre esa división ideal entre mente y cuerpo, entre las facultades superiores del alma y las inferiores o del cuerpo propiamente dicho. La desconexión entre el círculo de la cabeza y el círculo del tronco que se repite con bastante constancia, esa ausencia de enlace parece presuponer una precoz indicación de división entre mente y cuerpo y esa separación en ciernes se va a ir agrandando a través de la educación y la imposición de la moral dominante. Pues bien sucede ahí algo especialmente llamativo y es que en ese pegue entre los dos círculos es donde nacen los brazos, o sea de ese cuello fantasma es de donde salen los brazos. No se implantan en el grueso del tórax sino más bien en el lugar

de la fonación, de las cuerdas vocales, en esa zona donde se inicia un cuello invisible y así el niño coloca el nacimiento de los brazos casi en la boca, como si muy pronto se diera cuenta de que el hacer en los humanos fuera lo más cercano al decir o mejor aún que decir es hacer, que *hablar hace* en los humanos y que lo uno y lo otro son fruto de una común identidad ontológica y de una muy relacionada operación mecánica. Si en el lugar de la des-conexión, en ese vacío entre cabeza y cuerpo se implantan los brazos casi saliendo de la boca es porque en la acción manual humana hay un elocuente trasunto del habla o sea del pensamiento. Tanto el hablar como el hacer, sea manufacturar sea agarrar, sería el nexo de las funciones superiores con las inferiores, la conexión más legítima entre cabeza y cuerpo. (Por cierto que esta conexión entre hacer y decir en los humanos no desentona demasiado con esa curiosa competencia manipuladora y prensil de la que ya disponían los monos (pre)parlantes). Pero sigamos con los dibujos. Podría decirse con bastante acierto que es ahí en el cuello donde parece localizarse el alma, en el órgano de la fonación, entre la boca y el pecho. La ausencia del cuello en estos dibujos infantiles, ese distanciamiento entre cabeza y tronco, esa falta, es quizá el lugar que Lewis Carroll rellena paradójicamente con el desordenado crecimiento del cuello de Alicia que la hace mirar con maravillado extrañamiento desde arriba sus lejanos piés; tanto la versión de vacío fantasmal, la falta de cuello, como su exagerado alargamiento, ambas manifestaciones, constituyen unas de las materializaciones más llamativas de las fantasías esquizofrénicas o de descabezamiento en que el cuerpo no responde a la orden de arriba y viceversa: la cabeza desvaría sin que el cuerpo pueda retenerla: "se le va la cabeza" como se suele decir. Es notorio, pues, ver cómo ya aparecen tan tempranamente en las representaciones plásticas del cachorro humano -incluso mucho antes de que entre en la edad de la razón como antiguamente decía la iglesia- señales de esta manifestación de sospecha de disociación entre algo que está arriba y algo que está abajo como si se tratara de substancias irreconciliables y que parecen en el mejor de los casos estar distanciadas

cuando no declaradamente en guerra.

Estos dibujos de niños todavía pequeños nos dan sugerentes pistas acerca de la génesis y la configuración de la idea de 'cuerpo' que desde muy atrás va a ser una componenda ideal fabricada desde arriba. Para el niño pequeño todo movimiento, todo juego, la idea de cuerpo debe ser uno de los conceptos que se le impone con más violencia y precisamente esta idea se le administra y se le va a configurar justo en el momento en que él mismo empieza a hablar, es decir en el momento en que brotan de él las palabras como un aliento de algo inmaterial e impersonal pero a la vez tan poderoso que es lo que fabrica el mundo y todas las cosas incluido a él mismo que así por su nombre propio (Pepito, Juanita,) va a ser ya por siempre el que es. Desde muy temprano se les informa a los niños de que tienen un cuerpo y casi toda la educación infantil, y no sólo la escolar sino anteriormente la familiar, consiste en hacerles controlar ese cuerpo como algo que hay que adiestrar para la vida social.

También a nuestro respecto hemos de hacer notar que otra de las constantes más curiosas en la realización de estos dibujos del Hombre o del Cuerpo es que todos los niños -con muy raras excepciones- comienzan primero a dibujar la cabeza y los ojos y la boca como si fuera esa cabeza pintada la que va a ir viendo que por debajo le nace algo: un cuerpo. Los ojos son el órgano de la idea por excelencia -del conocer como haber visto- y la boca es el lugar del ser, la lengua, donde está el lenguaje estoy yo. (Según el propio Piaget cuando a un niño pequeño se le pregunta con qué piensas él señala la lengua). Y debe ser esa aproximadamente la génesis de estos dos conceptos: Cuerpo/Mente sobre los que aquí nos estamos ocupando.

Sin duda lo que llamamos cuerpo debe ser una invención ideal del alma. Pero ¿cómo se produce esa relación entre cabeza y cuerpo? Porque tal relación no parece simétrica ni dialéctica y que hay un dominio de lo uno sobre lo otro. Parece que la una (cabeza/mente) intenta someter a lo otro a través de una renovada pretensión de

conocimiento. Toda la historia de medicina y las artes sanitarias –y más exageradamente en la Medicina dominante o Medicina del Pensamiento Único, la del Régimen del Bienestar- ha consistido esencialmente en un progresivo avance en el conocimiento de eso que llamamos 'cuerpo', su domesticación y control por vías de saber de él: de conocerle mejor para dominarle, bien sea para curarle o para prevenir sus posibles enfermedades. El cuerpo interno, sus más complejos mecanismos, sus elementos han sido analizados químicamente, sus partes troceadas hasta el infinito en un afán desmedido por desvelar su misterio. Todos los rincones de la casa del cuerpo han sido explorados y habitados por la soberbia tecnocientífica. Su conducta ha sido explicada desde la más lejana escritura genética, su comportamiento futuro ha sido previsto con pretendida exactitud. (Aquello de de la predestinación en la religión que nos enseñaban de chiquillos es un cuento leve y relativamente piadoso en comparación con esta definitiva predestinación a que parece condenarnos la moderna Bio-Genética) Se ha hecho del inocente cuerpo, contabilidad, profilaxis, estadística... y a pesar de todo aún el pobrecillo logra a veces zafarse del acoso y las predicciones. Todavía no se ha logrado del todo programar su último suspiro ni tampoco impedirle que busque la muerte, aunque en el perfecto ideal se vá tras ello. Es más, parece que cuanto más alardea la Ciencia y sus sacerdotes de conocerlo y administrarlo más insumiso se vuelve, cuanto más visto a través de skaneres, resonancias, microscopios electrónicos, cuanto más visto más oscuro, más oculto. El siempre busca las vueltas de su misterio. Y en esto de quererlo conocer, saberlo, caen en mayor o menor grado también las otras medicinas llamadas alternativas. Hay además de la descarada pretensión de intervencionismo y conocimiento técnico y celular de la Ciencia dominante sobre el cuerpo la misma pretensión bienintencionada pero también errónea usada por ciertas terapias "mentalistas" que pretenden darle instrucciones mentales positivas a más de imponerle toda suerte de tratamientos (desde luego, hay que reconocer, que generalmente con marcada ventaja respecto a la Ciencia dominante al menos en lo que respecta a un

menor coste de indeseables efectos secundarios), pero igualmente infatuadas de conocimiento del cuerpo. No hay nunca que olvidar que el cuerpo tal y como lo entendemos, según antes hemos apuntado, debió fabricarse como una invención del alma, que lo primero fueron las ánimas, las ánimas de los muertos, -el muerto está siempre de cuerpo presente- porque parece que al morir está ya definitivamente acabado y consagrado a su Nombre Propio; debe ser muy primitiva la pulsión a poner los nombres propios en las tumbas, podríamos incluso fantasear con bastante razón que ese rasgo de escritura de Nombre Propio del difunto en las lápidas es ya el comienzo de la Historia propiamente dicha que aunque anteriormente hubiera otras señales de escritura a través de palotes para el cómputo o cálculo con piedrecitas (*calculi*) de piezas o reses u hombres, la configuración de una identidad personal muy primigenia debió de pasar por la escritura del Nombre Propio. No es un Alma innominada es un ánima ya personal que tenía su Cuerpo propio al que se confirma con un nombre también propio y que pasa a ser el que es justo cuando ha muerto. Siempre debió ser así pero con el perfeccionamiento del individuo, personal, democrático y soberano de sus decisiones, que sabe lo que quiere, lo que compra, a quien vota, adónde vá, señor de sus gustos y de su vida, es la persona la que hoy ejerce el dominio sobre eso desconocido a lo que se alude vagamente con cuerpo y que no se sabía lo que era pero que hoy no solamente se le sabe sino se le explota, se le se exagera y publicita hasta la saciedad en supremo Culto en el Mercado sea a través del Deporte o del Ideal de Modelo de Belleza o de Salud. ¡Cuanto dinero mueve hoy eso del Cuerpo en Deportes, Profilaxis y Cosméticas! Que el Cuerpo en los Humanos sea un invento, una construcción ideal, y por lo tanto invite a toda suerte de barbaries ideales sobre él no quiere decir que por debajo de toda esa construcción ideal, esa *tertia Natura*, no quede todavía algo vivo que se rebele contra ese sometimiento y grite sus reclamaciones a través de múltiples señales, enfermedades crónicas que no pocas veces constituyen la crónica de la vida de muchas personas, síntomas de todas clases, plagas nuevas y cada vez más locura. Por

ello quizá no se trate de añadirle al cuerpo más tratamientos, manipulaciones ni instrucciones mentales sino dejarle vivir sea lo que ello fuere, porque si se le deja suelto y olvidado del alma que le encarcela (y no al contrario según la fantasmagoría religiosa), si se le alivia de un alma personal que le atosiga y enferma esa sería su salud, ninguna instrucción positiva pues, sino soltarle y dejarle vivir, intervenir sobre él lo menos posible: En la medida que se disuelva el alma se disolverá también el cuerpo porque lo uno es lo otro. Lo que pueda salir de esta disolución conjunta irá del lado de la salud o más bien diremos que como de salud no sabemos nada esa disolución del alma irá en contra de la enfermedad que quizá no sea otra cosa que las figuras de una conciencia desdichada.

[**Isabel Escudero** es Profesora de Didáctica (Comunicación Didáctica) en la Facultad de Educación de la UNED. Madrid; Escritora y poetisa; Codirectora de la Revista *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*]